

Mariana Alvarado

INCIHUSA - CCT. Mendoza. Argentina

unodeloscuartos@gmail.com

COCIENDO PENSARES A HURTADILLAS EN AMÉRICA DEL SUR: JUANA MANUELA GORRITI Y CLORINDA MATTO DE TURNER

Resumen: *El escrito se articula en dos registros. A partir de Cocina ecléctica (1880), de Juana Manuela Gorriti, y Las obreras del pensamiento (1902), de Clorinda Matto de Turner, anuda decires en torno a experiencias y narrativas que hacen lugar al espacio-biográfico y al texto no-ficcional como anclajes, entre lo íntimo, lo secreto y lo público, para articular la voz de algunas mujeres en Nuestra América. Narrativas de experiencias en las que se articula el tiempo de la vida propia y la experiencia de la escritura de la vida. Decires que requieren de una teoría del texto y de prácticas de lectura-escritura que (des)centran las posibilidades de pensar desde el mismo punto de vista para visibilizar un locus de enunciación que provoca la experiencia de escribir de otra manera lo no leído en la lectura. En esa ausencia el texto se desborda hacia el contexto y el contexto es el texto. La articulación texto-contexto coloca en la escena ciertas prácticas –como ensayos gestuales– entre las que cobran hondura los procesos de subjetivación y las posiciones de la sujeto.*

Palabras clave: *experiencia, narrativa, punto de vista, ensayo gestual, mujeres, viaje*

Cooking thoughts in South America: Juana Manuela Gorriti and Clorinda Matto de Turner

Abstract: *Two texts: Cocina Ecléctica (1880) (in English, Eclectic Cuisine) by Juana Manuela Gorriti and Trabajadoras del pensamiento (1902) (in English, Thought workers), by Clorinda Matto de Turner. They both combine stories and narratives of experiences that provide a place for biographic-space and non-fictional text which function as anchors among the intimate, the secret and the public, in order to articulate the voices of women in Our America. Experience narratives which articulate time from their own lives and the experience of writing life itself. These sayings require a text theory and reading-writing practices that (de)centre the possibilities of thinking from the same point of view to visualize a locus of enunciation that generates a different writing experience. In this way, the text overflows into the context and the context is the text. The text-context articulation puts on the scene certain practices, such as gestural essays, in which the subjectivation processes and the subject positions gain greater depth.*

Keywords: *experience, narrative, point of view, gestural essay, women, trips*



Mujeres que escriben, verdaderas heroínas que luchan, día a día, hora tras hora, para producir el libro, el folleto, el periódico, encarnado en el ideal del progreso femenino
(Matto, Clorinda, 1909: 252)

Ávida de otras regiones, arrojéme a los libros, y viví en Homero, en Plutarco, en Virgilio, y en toda esa pléyade de la antigüedad, y después en Corneille, Racine; y más tarde, aún, en Châteaubriand, Hugo, Lamartine; sin pensar que esos ínclitos genios fueron tales, porque – excepción hecha del primero – tuvieron todos, a su lado, mujeres hacendosas y abnegadas que los mimaron, y fortificaron su mente con suculentos bocados, fruto de la ciencia más conveniente a la mujer
(Gorriti, Juana Manuela, 1890: 2)

Me propongo un escrito breve sobre dos mujeres. Y ya desde el inicio advierto que en lo que escribo no digo lo que quiero hacer. Entonces estas líneas pretenden bordear los sentidos de lo que digo en lo que escribo.

Me propongo un escrito breve sobre dos textos escritos por dos mujeres separadas entre sí por 35 años. No pretendo referir a lo biográfico pero sin embargo no puedo eludirlo. Puesto que estos textos adquieren profundidad en tanto pueden ser leídos intertextualmente, es decir, texto-contexto, pero además, el texto fuera del texto hacia otros textos. Esta advertencia me corre de la escritura y me ubica en la lectura. Habría diversas posibilidades de lectura que no pueden eludirse al escribir. En este sentido, vale al menos reparar (puesto que no es el tópico de este escrito) en que la práctica de la escritura no puede escindirse de una práctica de la lectura. Y que leer implica un lugar desde donde mirar y, explicitar ese lugar, supone visibilizar el *locus de enunciación* desde donde se produce el discurso –aquel que leemos, este que escribimos–.

Leo dos textos de dos mujeres, escritoras. Puesto que estos textos han sido escritos por mujeres que escriben sobre mujeres y sobre lo que algunas mujeres dicen. Por un lado, un problema radica en la posibilidad de escribir sin las mujeres a las que refiere el escrito. Probablemente sin esas mujeres a las que el escrito refiere no podría haberse escrito el texto. El escrito sería otro y la escritura también. Luego, cuándo, cómo y a partir de qué acontecimiento puede asumirse que estas



mujeres que escriben son escritoras y, en qué medida estas mujeres escritoras se diferencian de otras mujeres referidas en estos textos y de qué mujeres se trata. Pero además estas mujeres que escriben sobre mujeres que dicen abren un espacio a pensar respecto de lo que dicen estas últimas mujeres. Ese qué dicen refiere a prácticas y subjetividades, ocupaciones y sujeciones, habilidades y repeticiones.

Lo que importa no es registrar nuestra historia de lucha, o conciencia, sino cómo se registra; la forma en que leemos, recibimos y diseminamos los registros imaginarios (Moganty, Chandra, 1991).

Estos textos que a primera vista parecerían anecdóticos, memorias, textos pequeños, historias mínimas, literatura menor me dan a pensar y, no es poca cosa. Sobre todo porque estos textos escritos por mujeres que escriben sobre mujeres que dicen de prácticas y de subjetividades pueden ser parte de lo que ha sido conocido como el movimiento de mujeres en Nuestra América a fines del siglo XIX.

Así, en estas primeras líneas asumo muchos supuestos que es preciso visibilizar puesto que están allí, en los textos, falta que alguna lea lo que no ha sido leído, o bien, que alguna quiera leer de otro modo.

Resulta evidente que se trata de dos mujeres letradas. Que han accedido a la lectura y la escritura. Las nombro. Juana Manuela Gorriti (1818-1892) y Clorinda Matto de Turner (1854/1909). Ambas han sido parte de un grupo de mujeres que pudieron-tuvieron presencia en el periodismo literario puesto que ocuparon páginas en los medios lanzándose a la discusión y ejerciendo el derecho a opinar y expresarse. Fundaron y dirigieron periódicos. Gorriti tuvo a cargo *La Alborada del Plata* entre 1877 y 1878 y Matto funda *El Búcaro Americano* hacia 1876. De atender la trayectoria hispanoamericana inaugurada a fines del XIX y asumiendo la profesionalización de la escritura y la intervención de las mujeres en los periódicos cabría postular y sostener la tesis de un *periodismo femenino* que pudo romper con el monopolio que en el oficio mantuvieron los hombres (Hintze, Gloria, 2000: 115-131; Avza, Néstor Tomás, 1988:11) y socavar la narrativa del liberalismo peruano (Denegri, Francesca, 2004:25).

Con ellas cabe la posibilidad de pensar que estas mujeres se propusieron la búsqueda no solo de un modo de ser femenino que escapaba al modelo de la mujer que se hallaba vigente sino además de advertir que estas mujeres lo hicieron

en red. Aparece cierta práctica de circulación de la palabra intertransfronteriza que, anuda lazos de solidaridad entre mujeres escritoras en América Latina que puede ser rastreada poniendo sus vidas en diálogo. Al mismo tiempo el espacio periodístico que ofrecían estas revistas invitaba a aglutinar la producción de mujeres en una variedad de modulaciones escriturales (artículos, ensayos, transcripciones de conferencias, traducciones, crónicas, narrativas de viaje).

El espacio periodístico adquiere una doble dimensión, por un lado, es el espacio de la profesionalización de la mujer escritora y, por otro, es un lugar que ofrece a sus lectoras la posibilidad de educarse como mujeres, es decir, en el rol que le deparaba el movimiento del progreso para cumplimentar satisfactoriamente con sus deberes acordes a la corriente evolutiva. Palabras estas que explicitan la impronta positivista y biológica en la letra femenina a fines del XIX en Argentina y Perú.

Pero los textos a los que quiero referir aquí dicen algo más que no aparece en los párrafos anteriores a menos que pueda anudarse narrativa, experiencia, mujeres y viajes. *Cocina ecléctica* (1880), de Gorriti, y *Las obreras del pensamiento* (1902), de Turner. Juana Manuela, la salteña que emigró a Perú después de vivir varios años en Bolivia. Clorina, la peruana que vivió exiliada en Argentina.

Matto leyó en 1895, como conferencia pública, en el Ateneo de Buenos Aires, su *Las obreras del pensamiento de América del Sur* que luego fue publicado en el primer número de *El Búcaro* y, también en 1902, como parte de su libro *Boreales, miniaturas y porcelanas* (Buenos Aires, J. A. Alsina, pp. 245-266). La invitación que le cursó Carlos Vega Belgrano configura un *ensayo gestual*¹ no solo en tanto que es un hombre el que invita a una mujer a pronunciarse públicamente, un varón quien efectivamente da la palabra y dispone el espacio (y la escucha) para que sea pronunciada y audible. Ninguna mujer habló allí antes. Ninguna mujer fue invitada a hablar ante otros antes que Clorinda. La presencia de Clorinda en El Ateneo da cuenta de que su quehacer era reconocido en un plano patriarcal. Ella era tenida en cuenta como escritora por una de las instituciones de la época que daba voz a escritores y, además, da cuenta de la inserción de sus escritos entre determinados lectores varones y de la pertenencia de esos

¹ *Ensayo gestual* es una categoría que incorpora Adriana Arpini (2003: 92-98) en la línea de Julia Kristeva y a propósito de una ampliación metodológica para la Historia de las Ideas para referirse a “ciertos cambios que conllevan modificaciones en



los patrones valorativos vigentes” introduciendo marcas semánticas no codificadas en estructuras conocidas. Se trata de ciertas “manifestaciones conductuales significantes” (Roig, Arturo, 1993:133), en otras palabras, los gestos del cuerpo, ciertos actos de conducta, que por un lado alteran la lógica que opera en la oralidad y sin embargo, en cuanto comportamientos individuales y sociales, son signo y, dentro de los signos posibles, símbolos (Arpini, Adriana, 2003: 92-98).

lectores al campo intelectual porteño tradicional (Alvarado, Mariana, 2015).

En El Ateneo diserta sobre la presencia y la ausencia de las obreras del pensamiento. Excluidas y olvidadas entre varones; presentes, incluidas y visibilizadas entre mujeres. Una cartografía de la profesionalización de la mujer como escritora, que coloca como protagonistas a periodistas, poetas, narradoras, dramaturgas en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. Juana Manuela Gorriti ha sido una de las precursoras argentinas –antes que Clorinda– en habitar lo público. Gorriti organizaba veladas literarias de las que nos dejó testimonio en un libro –paradójicamente llamado *Lo íntimo* (1892)– que reproduce la crónica de los sucesos y la experiencia de la conversadora en el salón.

A propósito de lo *íntimo* Leonor Arfuch distingue entre el género biográfico y el espacio biográfico en tanto que este último permite una lectura transversal desde la que es posible apreciar la producción/reproducción de ciertos cánones pero además las subversiones e infracciones. Umbrales que nombran y no nombran lo mismo. Así, dirá, “... lo más íntimo pide ser hablado o cede a la confidencia, lo privado se transforma en acérrimo secreto, lo público se hace privado y viceversa” (Arfuch, Leonor, 2002: 103)

A medias, entre lo doméstico y lo privado, los periódicos de la época relatan reuniones *íntimas* de charlas en círculo que colocaban a la conversadora como centro y anfitriona que hacía de sí la narrativa de una extranjera, desterrada. Juana Manuela hizo de su casa en Perú un lugar de exhibición. Se deja ver a sí misma en figuras femeninas poco convencionales para la época: la viajera, la proscrita, la extranjera, la exiliada (Fletcher, Leonor, 1994: 97-101). Rompe con los parámetros de lo íntimo y lo biográfico (Arfuch, Leonor, 2002: 103) y ese desbordamiento que opera constituye una práctica discursiva que trastoca los bordes del lenguaje familiar y del lenguaje erudito para articular un nuevo conjunto de normas.

Manuela organizó un tipo de conferencias. No se trataba de aquellas que luego conocimos como Conferencias de Maestras o Conferencias Pedagógicas². Esa práctica inaugurada por la Manso y continuada por Gorriti³ y más tarde por la peruana Clorinda Matto de Turner puede apuntarse como profesionalización docente. Sin embargo, con Manuela, las veladas inauguraban un espacio fronterizo decididamente ajeno a la casa aunque en lo doméstico,

² Con las Conferencias Pedagógicas se inauguró un espacio sin precedentes en la conformación del sistema educativo argentino. Se trataba de un

público, aunque íntimo (Zuccotti, en Fletcher, 1994: 102-103).

Entre Clorinda y Manuela aparece un espacio (re) habitado para hacer uso de la palabra, para la levantar la voz. Un espacio en el que algunas mujeres pudieron ponerle el cuerpo a sus decires y pensares. Además, Clorinda y Manuela dan cuenta de esas experiencias de mujeres y, en ese dar cuenta es posible vislumbrar prácticas concretas y subjetividades en contexto. Éste es el marco desde donde me propongo situar mi lectura de los textos que presentaré a continuación a propósito de la crítica de las feministas poscoloniales Donna Haraway y Sandra Harding respecto del peligro de caer en la naturalización de ciertas categorías –ideológicamente condicionadas que estructuran las experiencias del yo y del mundo– al apelar a la “**experiencia**” (Stone-Mediatore, Shari, 1999: 1).

Juana Manuela propone un catálogo de recetas. La cocina hecha pública. Saca a la calle el espacio de producción asignado a la mujer y naturalizado en la función femenina por el patriarcado. Ella que no es cocinera, que es escritora y que anticipa su ignorancia respecto del arte femenino y su sapiencia como lectora pone el arte culinario en escena.

Advierte de su ignorancia en el prólogo a *Cocina ecléctica* en el mismo lugar en el que sostiene la ficción de “**la mujer**”⁴. Aunque extenso lo transcribo completamente:

El hogar es el santuario doméstico; su ara es el fogón; su sacerdotisa y guardián natural, la mujer. Ella, solo ella, sabe inventar esas cosas exquisitas, que hacen de la mesa un encanto, y que dictaron a Brantôme el consejo dado a la princesa, que le preguntaba cómo haría para sujetar a su esposo al lado suyo: –Asílo por la boca. Yo, ¡ay! nunca pensé en tamaña verdad. Ávida de otras regiones, arrojéme a los libros, y viví en Homero, en Plutarco, en Virgilio, y en toda esa pléyade de la antigüedad, y después en Corneille, Racine; y más tarde, aún, en Châteaubriand, Hugo, Lamartine; sin pensar que esos ínclitos genios fueron tales, porque –excepción hecha del primero– tuvieron todos, a su lado, mujeres hacendosas y abnegadas que los mimaron, y fortificaron su mente con suculentos bocados, fruto de la ciencia más conveniente a la mujer. Mis amigas, a quienes, arrepentida, me confesaba, no admitieron mi *mea culpa*, sino a condición de hacerlo público en un libro. Y, tan buenas y misericordiosas, como bellas, hanme dado para ello preciosos materiales, enriqueciéndolos más, todavía, con la gracia encantadora de su palabra (Gorriti, Juana Manuela, 1980: 2).

Juana Manuela, “**ávida de otras regiones**” se dedicó a la

espacio que congregaba al magisterio de diversas instituciones de distintos departamentos de la provincia de Mendoza a inicios de 1883 y durante 1884 –como puede seguirse en las páginas del *El Instructor Popular* periódico mendocino a cargo de Carlos Norberto Vergara–. Tenían lugar quincenalmente y eran de carácter obligatorio para las/os docentes en ejercicio. Las llamadas conferencias de maestras eran clases con lecturas y ejercicios previstos para instruir a las maestras en diversas materias (Alvarado, Mariana, 2014). A fines del siglo XIX diversos dispositivos, prácticas y discursos configuran no solo a “la maestra” sino también a la familia, la mujer, la madre, la escuela, la infancia. En esa emergencia de prácticas e instituciones Juana Manso instala con las conferencias una fisura.

³ Cuando Juana Manuela llega a Lima, en 1848, las tertulias literarias, exclusivamente para varones, tenían lugar en el Convictorio de San Carlos, la Universidad de San Marcos y la casa de Miguel del Carpio. Entre 1860 y 1870 Juana corre los límites entre los sexos, abre un espacio de encuentro entre hombres y mujeres. Francesca Denegri interpreta que con aquellas reunio-



nes, Juana introduce la tradición argentina de los salones literarios –como el de que alojó a la generación del 37 en la librería de Marcos Sastre–. Las veladas limeñas a diferencia del salón de Marcos eran domésticas y, a diferencia de las tertulias coloniales a las que asistían las mujeres criollas y españolas, se rodeaban de una atmósfera que hibridaba lo privado y lo público entre discusiones intelectuales, lecturas de ficción, juegos infantiles, recitales de versos, recitales de piano y asuntos familiares (Denegri, Francesca, 2004: 153-159).

⁴ Cabe aquí “ventilar” –al margen, sino a pie de página– que esta mujer escribe esta advertencia habiéndose separado de su marido. ¿En qué modifica la lectura del prólogo este dato de la vida de Manuela?

escritura antes que a la cocina, ciencia más conveniente a la mujer en el conservadurismo institucionalizado, ella más cercana a los varones. Sus amigas, a la escucha quizá en alguna velada de su ignorancia, la animan a escribir sobre la ciencia conveniente a la mujer. Y son sus amigas quienes le dan palabras a la letra. Juana compila con la participación de un nutrido número de mujeres cocineras los secretos culinarios de *Nuestra América*.

Quien escribe es mujer, quienes ofrecen los materiales para la escritura son mujeres, quienes leen son mujeres. Aparecen con *Cocina ecléctica* mujeres que ingresan por su saber culinario a la región de la escritura como autoras y lectoras pero también como quienes enseñan y quienes aprenden en un espacio querido/impuesto como propio. La cocina, como el lugar donde se (re)produce pero también donde se inventan maneras de hacer bajo la forma “esto lo hago así”. En el “hacer de comer”, en el “arte de alimentarse”, en el territorio en el que se despliegan y acontecen las labores femeninas es donde es posible visibilizar las formas de subjetivación de algunas mujeres que habitaron la cocina latinoamericana a fines del siglo XIX. Una experiencia de escritura que escribe sobre la experiencia culinaria permite distinguir entre las prácticas culinarias: la escritura sobre dichas prácticas y las formas de apropiación de ese saber (Caldo, Paula, 2009: Cap. 5).

Cada una envía secretos, recuerdos, preferencias que hacen sus platos predilectos. Cantidades, fórmulas, combinaciones, tiempos, deseos, no tardan en llegar. Se escuchan voces que hablan de maneras diversas de cocinar lo mismo, de organizar el trabajo, de vivirlo y compartirlo. La materia prima del arte de la cocina, una ciencia propia de mujeres aparece de la mano de quienes la producen. Juana hace espacio a sus decires sin alterarlos.

Esta *conmestura* de la leche y de la fresa, es uno de los más sabrosos recuerdos de mi infancia en el Sacre-Coeur; y con gusto la consigno en las páginas de *Cocina Ecléctica* (Dutrey, Benedicta en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 148).

Respeto la palabra, incorporando notas, como las de la salteña Casiana Castro de Uriburo que le confiesa:

No habría de perdonarte, si no dieras el primer lugar en la sección –Sopas– de este ecléctico libro, a la crema de las confecciones suculentas, a la nata de las cosas exquisitas, a la riquísima (Castro de Uriburo, Casiana, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 10).

Incluso allí donde podría haber hecho alteraciones.



Pensamos en Ángela cuando alude a John Bull como autor de una receta que ella replica en vez de haber omitido la referencia:

John Bull me obsequió la receta de esta confección, que hoy tengo el honor de ofrecer a las páginas de *Cocina Ecléctica* (Cramwell de Simpson, Ángela, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 145).

O bien en su sobrina:

No quise, sin probar su excelencia, ofrecer esta confección al libro de mi tía. Hícela un día, para nuestra mesa, y mi hermano, un paladar a la Brillat-Savarin, le declaró delicioso y digno de ocupar un lugar en *Cocina Ecléctica* (Martínez, Manuela, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 81-82).

O también en la limeña Eulalia:

¿Diz que no has vuelto a tomar té, desde haber gustado uno tan exquisito –regalo de un mandarín chino a un marino peruano, en cambio de una caja de sahumero de Lima–, que hizo refractario tu paladar para todo el que se vende en Occidente? Pues, te digo, querida amiga, que habrás de tomarlo en esta sopa, no menos exquisita (Deheza de Carreño, Eulalia, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 8).

Tanto en Camwell como en Martínez la apelación a Bull y a “el hermano” así como el regalo del mandarín chino al marino peruano responden a la autoridad; el patriarcado se hace presente. El varón da el visto bueno, el varón ofrece la receta, entrega la ofrenda, hace el regalo. Así aparecen los cuerpos en el espacio atravesados por relaciones que los habilitan a vincularse bajo las formas de la división sexual. Pero algunas de estas mujeres también dan la palabra a otras en cuanto de achaques se trata, así el comentario de Lucila con el que cierra su salsa de perejil:

¿Qué tal salsa, mi querida maestra? Esta confección, riquísima con el asado, la aprendí de una señora italiana, muy entendida, en achaques de cocina (Cabello, Lucila, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 10).

Aparece esta ficción, también en las Balas del general que reproducimos a continuación:

–¡Por Dios! General, quédese V. siquiera una hora, para comer un bocado. –¡Una hora, General! –Una hora y nada habrá V. perdido en su jornada. –¡Oh! bellas señoras mías, no son bocados los que he menester, sino balas. –Pues las tendrá V., General. Sí: una hora, una horita, y tendrá V. balas: se lo juro. –¿Verdad? –¡Verdad! Y todavía, de lo rico. –¡Ah! ¡cómo resistir a una promesa hecha con tan dulce voz!



–¡Gracias! –¡Gracias! –¡Gracias!

Esta escena tenía lugar en la casa de una estancia en plena campaña, en una época de guerra civil, entre el más querido de los generales del mundo y tres graciosas jóvenes, hijas del dueño de aquel fundo. La más linda desapareció; y se la habría visto en la cocina regazadas las mangas hasta el codo, desnudo el blanco brazo y el mandil a la cintura, avivar la llama en las hornallas, plantar al fuego una olla con agua, y así que ésta comenzó a hervir echar a cocer una docena de huevos. Mientras que estos hervían, destapó cuatro ollas que coronaban el fogón, en tanto que la cocinera, una negra vieja, la miraba hacer sin decir una palabra (Luisa G. de Murature, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 87-88).

La escena es formidable en cuanto “devenir metafórico de la vida en la escritura” (Arfuch, Leonor, 2002: 104). Pone al a vista ciertas costumbres delimitando un espacio biográfico (Arfuch, Leonor, 2002: 103). Juana hace público un contexto –“no hay texto posible fuera de un contexto” (Arfuch, Leonor, 2002: 102)– en el que se producen recetas en un cruce de razas, clases e idiosincrasias regionales, nacionales, internacionales en la singularidad del plato. Así aparece la estancia y el fundo. Una casa en plena campaña. Un descanso en guerra civil. El general y el dueño. Las tres graciosas hijas jóvenes del dueño. El propietario y las hijas (¿obreras? ¿cocineras? ¿escritoras!). De las tres, la más linda y blanca hace, mientras la negra y vieja cocinera, mira sin decir palabra.

Juana Manuela hace público con su escritura lo que concernía al ámbito de lo privado, lo doméstico.

Una escritura que abre capas textuales y que borra fronteras entre lo alto y lo bajo, lo intelectual y lo doméstico, lo privado y lo público, la producción y el placer. Incluye formas varias: el diálogo, el relato, el comentario, la ocurrencia, la vivencia, la experiencia. En muchas se incluye las circunstancias en las que la receta fue obtenida, conseguida, degustada o bien, robada. Algunas apelan a la (no)ficción para presentarlas (¿será el caso de “balas del general”?). Otras a la metáfora, es el caso de la cordobesa Margarita que a propósito de su Conejo a la Challa ofrece una “nota de la autora” que aclara la “challa” y dice:

Challa pampa. Sitio ameno, al abrigo de una roca de donde surge una fuente de aguas purísimas. Los panceños gustan de ir a merendar sobre el césped de sus bordes (Córdoba, Margarita, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 93).

¿Qué ofrece al paladar cuando el conejo se hace a la challa?

La transmisión de las recetas de cocina está apegada

a la oralidad y a un tipo de saber que parecería circular entre generaciones y de boca en boca. Saberes que han sido aprendidos sin saber. Saberes que se tienen sin saber que se poseen. Saberes que hay que ver-hacer para poder estar a la escucha del hervor, al olor de la sal, el color de la piel. Quizá alguna, alguna vez haya tomado un papel y un lápiz para apuntar alguna cantidad o medida que pudiera olvidarse rápidamente. Éste es el gesto que acompaña y aliviana el formato de los textos que Juana Manuela compila. Así, a alguna a la que le llegó el secreto de las empanadas criollas se apropia de la historia y reinventa quitando o agregando, ampliando o reduciendo, modificando a partir de la experiencia el modo en que ella lo hace. Imprime en la palabra su hacer con agregados o variantes que aporta la (des) memoria. “Un despliegue de historias dispares firmadas con nombre y apellido”.

Quizás en un intento por democratizar un saber *propiamente* femenino, un saber con pretensiones científicas que bien pudo asimilarse al de corte y confección o al de las prácticas que asistieron a parturientas, con la diferencia en que uno pudo institucionalizarse en el currículo escolar y otro pasó a la clandestinidad o al monopolio logofalocéntrico del ginecólogo y *su* saber ginecológico. Así como los manuales de urbanidad y de economía doméstica ubicaban a *la mujer* entre el ama de casa y a la madre, Juana Manuela abre con su *Cocina ecléctica* un espacio para que un saber *propiamente* femenino y con pretensiones científicas aparezca como el primer manual gastronómico que circuló en la región incluso en el Norte de América y Europa difundiendo saberes situados y en contexto.

Alrededor de los decires de estas mujeres que saben de cocina se instalan los actos de cocinar y comer en la trama de lo local, lo regional, lo autoral en un contexto intergenérico que atraviesa e interviene la vida de las sujetas que coescriben el manual gastronómico con Juana Manuela.

Así por ejemplo lo cuenta Corina Aparicio:

En los países fríos, así como en los que el invierno es riguroso como en Bolivia y el Sur del Perú, se confecciona este delicioso helado, fácil también de obtenerse, durante la estación fría, en toda la provincia de Buenos Aires. Los habitantes de las estancias pueden darse el placer de saborear diariamente en su almuerzo, el más exquisito de los helados (Aparicio de Pacheco, Corina, en Gorriti, Juana Manuela, 1890 1890: 151-152).



También Clorinda dice lo suyo respecto de los disfrutes del beber en Bolivia y Perú:

Esta bebida hecha de maíz, el más alimenticio de los granos, es el sostén de la vida y de la fuerza en el indio de las sierras de Bolivia y del Perú. Con ella se alimenta; con ella se refresca, y con ella también se embriaga algunas veces, para olvidar sus miserias (Matto de Turner, Clorinda, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 153).

Los recetarios recorrieron los espacios privados de lo doméstico y sus lectoras fueron mujeres de clases acomodadas.

Aunque los días de esplendor hayan pasado para esta deliciosa bebida, y no recorra ya los salones de nuestra alta vida en docenas de lujosos recipientes colocados en mancerinas de plata, siempre, el mate, es y será el favorito en los retretes, recámaras y dormitorios (Gazcón de Vela, Carmen, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 157-158).

Pero el acto de escribir y hacer público los decires de mujeres que dan cuenta de un saber propio es lo que hace de Juana Manuela una irreverente. Escribir a fines del siglo XIX era una práctica disonante, así como hablar en público si se trataba de una mujer. En *Cocina Ecléctica* son muchas las que hablan y hacen público y colectivo un saber que ponen en circulación. Pero las que leen son mujeres que estaban dispuestas a cocinar como las que escriben sobre las prácticas de la cocina. Las recetas dan cuenta de materiales que algunas mujeres no manipulan en las cocinas del siglo XXI aunque otras sí. Mujeres latinoamericanas aquellas, aunque otras según la clase y el territorio de pertenencia. Mujeres que manipulan cuerpos: *córtese el cuello de la gallina y recíbese en una taza la sangre; se pela, se abre y de despresa; se mata dos gallinas gordas; abierto y lavado el dorado en trozos transversales; se mata cortándole la cabeza un pollo gordo de cuatro meses; escamado, abierto, vacío y limpio; se deshuesa el pato con cuidado de no deformarlo*. Estas mujeres decapitan pollos y gallinas, se las tienen que ver con tortugas, pichones, chanchos, terneros tan frescos que pueden dar cuenta de *muerto, desplumado, abierto y lavado, el pavo...* Una práctica propia que lleva el tiempo de: *se pondrá en salmuera en una olla de tierra barnizada durante dos horas; póngase a remojar el bacalao durante diez horas; preparado el sábado con una hora de inmersión; remojar durante diez horas*. Mujeres, algunas, que ponen sobre la mesa animales desplumados, rebanados, deshuesados, despresados o despielados para aromatizarlos con especias. Sin gas y a fuego de llama, valiéndose de parrillas u hornos

usaban palotes, ollas de terracota o hierro esmaltado, molían hojas y granos con morteros. Así circulaban los cuerpos vivos y muertos.

Pero el acto de engullir la comida también aparece en las recetas. El hombre sentado a la mesa y la mujer activa en la cocina. En ese gesto que reproduce en la práctica la heteronormatividad del patriarcado se abre un intersticio con la escritura en la condición de cristalizar la estructura patriarcal en la parodia del matrimonio⁵ y, a la vez una/s voces se nombran en el espacio público.

Con el encanto misterioso que, según antiguas crónicas, encierra esta sencilla confección, diz que madame Scarron –después la célebre marquesa de Maintenon– curó a su marido de la embriaguez. El paralítico, para distraerse, en su inmovilidad, dio en beber, y diariamente se embriagaba. Maldita la gracia que hacía esto a una dama, desde ya, tan acicalada como madame Scarron. Pero qué hacer. Necesario era contemporizar con aquella naturaleza humana en el pobre infirme que a ratos se aburría. Mas ¿para cuándo, la astucia diplomática de la mujer, sino para estos casos supremos? Madame Scarron sabía cuánto gustaba a su marido la sangría congelada; y queriendo darse cuenta de que era bien servido, la confeccionaba ella misma. De repente Scarron vio llegar, por una calurosa jornada de julio, la hora del medio día, sin la espirituosa y refrescante copa que su esposa le presentaba. Esta llegó y se sentó a su lado... pero con las manos vacías. Scarron la miró, creyendo que algo de extraordinario había acontecido. Nada: su mujer tenía su aire plácido y serio. El paralítico se atrevió a más, y preguntó por su refresco. –¡Ah! querido amigo, –dijo madame Scarron con voz temblorosa–, anoche en casa de Ninon he oído, en una disertación científica entre dos célebres médicos, algo que ha sido para mí un aviso providencial. Dicen que la aproximación de las sustancias que el vulgo humano llama vino, agua, hielo, azúcar, limón, canela y moscada, forma un todo extraño, que desde que es absorbido, se torna despótico, celoso de toda asimilación de su género, si llega sin circunstancias atenuantes, y destruyendo al fin, no a su contendor, sino al recipiente que los recibe.... (Cabello de Carbonera, Mercedes en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 149-150).

Así aparece la mujer vinculada a las tareas de cuidado y la cocina y el buen comer a la salud. Ser mujer suponía vincularse a ciertos hábitos en relación, devenir mujer implicaba poner el cuerpo en situación con un otro:

Nada debe cuidarse tanto, como la dieta que ha de tomar un enfermo en su convalecencia; ni nunca parecerá excesiva, por minuciosa que sea, la atención que se ponga en que sea, a la vez apetitosa, ligera y nutritiva. Así, después que haya sorbido el obligado caldo, preciso es despertar su extinguido apetito con algún plato cuyo frescor estimulante, acaricie

⁵ Gayle Rubin (1986) apoya en Karl Marx la pregunta por la cual abordará un análisis –desde Sigmund Freud y Claude Lévi-Strauss– para desentrañar el sistema de relaciones en el que las mujeres se vuelven presas de los hombres. “¿Qué es una mujer domesticada?” se pregunta. Lo que sea una mujer domesticada para Gayle así como lo que sea un esclavo negro para Marx depende del sistema de relaciones en el que se encuentra el hombre negro y la mujer (blanca). Para comprender la “naturaleza” de las relaciones sociales es preciso comenzar por el análisis de las relaciones de producción puesto que, según Marx, el modo como los hombres se relacionan entre sí depende de la posición de sujeto, es decir, del lugar que ocupan en el sistema de producción y al mismo tiempo es la producción la que determina la posición de sujeto. Pero hay sujetos que escapan a la medida



de “hombre” y tareas que son trabajo aunque se encuentran en el borde del empleo. Aquel adicional que requieren las necesidades básicas para ser satisfechas, para conservar la maquinaria biológica del cuerpo (del varón) es el plus que tiene un tiempo, un espacio y determinada posición de la sujeto. Aquí es donde Gayle profundiza el análisis marxista e instala su crítica. Es el tiempo y el espacio de un trabajo que no es empleo, que no es la actividad de trabajar del obrero pero que precisa de esa tarea para reproducirse como trabajador. Es el trabajo doméstico que circula en los tiempos de lo privado-íntimo y es la sujeto alienada dos veces, como mujer y como trabajadora.

el adormecido paladar, y haga venir agua a la boca y anhelos al esófago. Estánle vedados los agradables aperitivos; pero hay uno, que reúne propiedades medicinales a un exquisito sabor (Fragueiro de La Torre, María, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 101).

Cocina Ecléctica también deja espacio para otros vínculos, como los de la nena picaruela de linda boquita y Úrsula, la vieja cocinera, déspota del fogón, sumisa y aduladora:

La picaruela sueña con ellos en el colegio los treinta días del mes. Así, también, desde que llega a la casa, y no bien recibe los besos maternos, corre a la cocina. –¿Y? –demanda con autoridad a la déspota del fogón. –¡Ya! listos, fritos y ricos, para esa linda boquita –responde la vieja cocinera, que solo para ella es sumisa y comedida, ¡qué digo! amante y aduladora.

Y la chica, en las tres comidas de estas benditas doce horas de hogar, tritura la tierna pasta rellena, con una delicia que da envidia de contemplar. –Yo quisiera esta exquisita confección para el libro de nuestra amiga –le dije. –¿Por qué no la pides a Úrsula? –¡Dios me libre! había de negármela esta terrible cordobesa. La nena fue a ella, y con dos besos le arrancó la receta (de Castilla, Carolina L., en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 34-35).

O los de la microeconomía edípica de la hija con el padre:

Así exclamó el otro día mi papá, al gustar este plato con que le obsequié en recompensa de una lindísima pulsera (Carreño, Rosita, en Gorriti, Juana Manuela, 1890: 59).

Cocina Ecléctica es una cartografía culinaria de América Latina. Producción colectiva que sabotea las formas de la escritura, saber-hacer y del enseñar-aprender. Introduce en los salones europeos platos locales –locro, puchero, tamales, empanadas– que dan cuenta de la diversidad mexicana, peruana, panameña, argentina, limeña. Juana Manuela transita desde la práctica culinaria que otras relatan un espacio vedado solo a los hombres. En su condición de letrada le abre la puerta a la esposa-ama de casa-madre-cocinera-mujer-autora a la legitimidad gastronómica jactándose de no saber cocinar. En ese entramado de decires estas mujeres se cuentan cómo es posible aprender tal condición.

Al final

Con *Cocina Ecléctica* Juana Manuela abre un espacio biográfico que escapa a los modos canonizados de la biografía:

...se moverá en un terreno indeciso entre el testimonio, la novela y el relato histórico, el ajuste a una cronología y la invención del tiempo narrativo, la interpretación minuciosa de documentos y la figuración de espacios reservados a los que, teóricamente, solo el yo podría advenir (Arfuch,

Leonor, 2002: 106).

Aunque Juana Manuela no hable de sí, da cuenta de esa mujer que quiso ser y aquella que devino y de todas las que fueron convocadas a narrar(se) en las prácticas culinarias de las que dan cuenta. En la renuncia a la representación, el espacio biográfico se abre en al menos cuatro dimensiones: rompe con las cronologías y la articulación narrativa opera desde el tópico cocina; mezcla las voces narrativas y entonces se hacen audibles desde la cocinera vieja y negra hasta la dama, la hija, la criada, madame, el general, el gaucho, el indio, otros; en esa emergencia polifónica Juana se desplaza de la escena y aparece referida en las voces de las otras y a razón de la convocatoria a compilar lo que otras escriben; la (de)construcción del efecto de realidad, del relato de no-ficción (Arfuch, Leonor, 2002: 107; Amar Sánchez, 1992: 64-66); los fragmentos textuales (cada receta) no presentan datos evidentes, objetivos, universales, neutrales, sino más bien del tipo “así lo hago yo” y, en este sentido, tampoco asumen el riesgo de tornarse en un ejercicio erudito o en obsesión de archivo que hace inventario de la cocina de occidente o del arte culinario universal. Solo da indicios de fenómenos rudimentarios (Stone-Mediatore, 1999: 12); en todo caso propone un inventario de accidentes significativos (Arfuch, Leonor, 2005: 107), incidentes como habremos dicho en otro lugar (Alvarado, Mariana, 2011) que podrían articular el intento de responder a “¿qué comemos hoy?” para dejar leer entre líneas lo que gusta, lo que se puede, lo que hay, lo que se tiene, lo disponible, lo accesible, lo suministrable, lo autorizado, lo asimilable (De Certeau, Michel, 1999: 162-163). Afásicos intentos que caben en la imposibilidad de narrarse a sí misma en las servidumbres de lo cotidiano, lo indecible. Incluso en la irreductibilidad de la experiencia –“puesto que toda escritura es autobiográfica”– da cuenta de una experiencia de lectura colectiva incluso activista.

Tanto en Clorinda como en Juana Manuela –aunque en formas diferentes– el espacio biográfico desborda sus contornos en la posibilidad de establecer un *corpus* de escritoras que develan prácticas de saber-hacer (cocinar, escribir, son apenas algunas) acompañada de la gestación de espacios visibles en la sociedad donde decires, haceres, sentires y pensares de mujeres de Nuestra América emerjan.

Cabe entonces, al menos para mí, la tarea de explorar en algunas escritoras de finales del XIX la resignificación de coordenadas histórico-sociales (colonialidad del tiempo y



del espacio-tiempo) en las que se constituyen estas mujeres (colonialidad del ser y del género) como sujetas emergentes a través de prácticas referidas en sus escrituras. Todo lo cual supone situar la mirada en la experiencia (Stone-Mediatore, Shari, 1999) a un lado de perspectivas que esencializan un nosotras en *la mujer* para enfatizar las formas en las que la palabra se articula para narrarla porque es allí donde es posible visibilizar las posiciones de sujeto que tales o cuales procesos propician/coartan para devenir cada una (De Lauretis, Teresa, 1984).

Bibliografía

- ALVARADO, Mariana (2015). Mujeres de América Latina Episodios para una historia de las ideas pedagógicas del Sur Clorinda Matto de Turner y Florencia Fossatti. En *Revista Estudios*. Mendoza. En prensa.
- ALVARADO, Mariana (2014). El inspector, un investigador: vestigio de policía en las instituciones educativas mendocinas de fines del siglo XIX. En *Childhood & Philosophy*, 10(20), pp. 445-461.
- ARFUCH, Leonor (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ARPINI, Adriana (2003). Aportes metodológicos para una historia de las ideas latinoamericanas: teoría del texto y semiótica. En A. Arpini (comp.). *Otros Discursos: Estudios de Historia de las Ideas Latinoamericanas*, pp. 71-100. Mendoza: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- AMAR SÁNCHEZ, Ana María (1992). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- AMORÓS, Celia (2000). *Feminismo y filosofía*. Madrid: Editorial Síntesis.
- AVZA, Néstor Tomás (1988). *Periodismo y feminismo en la Argentina 1830/1930*. Buenos Aires: EMECE.
- BARTHES, Roland (2005). *Cómo vivir juntos. Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1976-1977*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CALDO, Paula (2009). Saber hacer, saber decir y saber escribir... Historia de mujeres escritoras de recetarios de cocina. En CALDO, P. (comp.). *Hacia una historia sociocultural de*

- la cocina. Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX.* Rosario: Prohistoria ediciones, pp. 125-139.
- CHARTER, Roger (1996). *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin.* Buenos Aires: Manantial.
- CUESTA, Cecilia (2010). Heterotopías: espacio y escritura de mujeres los últimos años del Siglo XIX. En *Voz y escritura. Revista de Estudios Literarios*, 18, pp. 121-138.
- CIRIZA, Alejandra (2014). *El lugar de las mujeres en la filosofía. Reflexiones desde el Sur.* Conferencia impartida en el Foro Nacional Interdisciplinario. Mujeres en Ciencia, Tecnología y Sociedad. Recuperado el 15 de junio de 2016, de http://www.conicet.gov.ar/new_scp/detalle.php?keywords=&id=21420&congresos=yes
- DE CERTEAU, Michel (1999). *La invención de lo cotidiano. Habitar, Cocinar.* México: Universidad Iberoamericana.
- DE LAURETIS, Teresa (1984). *Alice Doesn't. Feminism, Semiotics, Cinema.* Bloomington: Indiana University Press.
- ELIZALDE, Silvia (2008). Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista. En *Revista Oficios Terrestres*, 15(23), pp.18-30.
- FERRÚS ANTÓN, Beatriz (2013). Las obreras del pensamiento y la novela de folletín (Rosario Orrego de Uribe, Lantenia Larriva De Llorca y Josefina Pelliza de Sagasta). En *Revista Lectora*, 19, 121-135.
- GARGALLO CELENTINI, Francesca (2013). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América.* Buenos Aires: Editorial Arca Libre.
- GAYLE, Rubin (1975). The traffic in women: notes on the Political Economy of sex. En REITER, R. (comp.). *Toward an Anthropology of women.* Nueva York: Monthly Review Press.
- GORRITI, Juana Manuela (1890). *Cocina Ecléctica.* Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.
- HINTZE, Gloria (2000). La revista *El Búcaro Americano* y la presencia de la mujer en el periodismo literario. En *Revista de Literaturas Modernas*, 30, pp. 115-131.
- MASSON, Laura (2007). *Feministas en todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina.* Buenos Aires: Prometeo.
- PIÑA, Cristina (2003). *Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben)* Volumen II. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- STONE-MEDIATORE, Shari (1999). Chandra Mohanty y la revalorización de la experiencia. En *Hiparquía*, 10.



Fecha de recepción: 29 de enero de 2016
Fecha de aceptación: 24 de junio de 2016



Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional



